

y esa niebla sutil de polvo de oro
donde van los perfumes y los sueños.

Amo los velos, tenues, vagorosos,
de las flotantes brumas,
donde tiendo a los aires cariñosos
el sediento abanico de mis plumas.

¡Soy feliz! Porque es mía la florista
donde el misterio de los nidós se halla;
porque el alba es mi fiesta
y el amor mi ejercicio y mi batalla.

Feliz, porque de dulces ansias llena,
calentar mis polluelos es mi orgullo;
porque en las selvas vírgenes resuena
la música celeste de mi arrullo;
porque no hay una rosa que no me ame,
ni un pájaro gentil que no me escuche,

ni garrido cantor que no me llame.
—«¿Sí?, dijo entonces un gavilán infame,
y con furor se la metió en el buche.

Entonces el buen Dios, allá en su trono
(mientras Satán, por distraer su encono,
aplaudía a aquel pájaro zahareño),
se puso a meditar.

Arrugó el ceño,
y pensó, al recordar sus vastos planes
y recorrer sus puntos y sus comas,
que cuando crió palomas
no debía haber criado gavilanes.

[ADICIONES DE 1890]

A UN POETA

Nada más triste que un tián que llora,
hombre-montaña encadenado a un lirio,
que gime, fuerte, que pujante, implora:
víctima propia en su fatal martirio.

Hércules loco que a los pies de Onfalía
la clava deja y el luchar rehusa,
héroe que calza femenil sandalía,

vate que olvida la vibrante musa.
¡Quién desquijara los robustos leones,
hilando esclavo con la débil rueca,
sin labor, sin empuje, sin acciones,
puños de fiero y áspera muñeca!

No es tal poeta para hollar alfombras
por donde triunfan femeniles danzas:
que vibre rayos para herir las sombras,
que escriba versos que parezcan lanzas,
Relampagueando la soberbia estrofa,
su surco deje de esplendente lumbre,
y el pantano de escándalo y de mofa.
que no lo vea el aguilá en su cumbre.

Bravo soldado con su casco de oro
lance el dardo que quema y que desgarrá:
que embista rudo como embiste el toro,
que clave firme, como el león, la garrá.
Cante valiente y al cantar trabaje;
que ofrezca robles si se juzga monte;
que su idea, en el mal rompa y desgañe
como en la selva virgen el bisonte.

Que lo que diga la inspirada boca
suenen en el pueblo con palabra extraña;
ruido de oleaje al azotar la roca,
voz de caverna y soplo de montaña.

Deje Sansón de Dálila el regazo:
Dálila engaña y corta los cabellos.
No pierda el fuerte el rayo de su brazo
por ser esclavo de unos ojos bellos.

SONETOS AUREOS

Sis proezador
Sido cantado
para Róella
CAUPOLICÁN
de am. Rom Chile
Henrique Hernández
Miyares
famoso cavallito

Es algo formidable que vio la vieja raza;
robusto tronco de árbol al hombro de un campeón
salváje y aguerrido, cuya formida maza
blandiera el brazo de Hércules, o el brazo de Sansón.

huérfano

Por casco sus cabellos, su pecho por coraza,
 pudiera tal guerrero, de Arauco en la región,
 lancero de los bosques, Nemrod que todo caza,
 desjarretar un toro, o estrangular un león.
 Anduvo, anduvo, anduvo. Le vio la luz del día,
 le vio la tarde pálida, le vio la noche fría,
 y siempre el tronco de árbol a cuestras del titán.
 «¡El Toqui, el Toqui!», clama la comnovida casta.
 Anduvo, anduvo, anduvo. La Aurora dijo: «Basta»,
 e irguióse la alta frente del gran Caupolicán.

VENUS

En la tranquila noche, mis nostalgias amargas sufría,
 En busca de quietud, bajé al fresco y callado Jardín.
 En el obscuro cielo, Venus bella temblando lucía,
 como incrustado en ébano un dorado y divino jazmín.
 A mi alma enamorada, una reina oriental parecía
 que esperaba a su amante, bajo el techo de su camarín,
 o que, llevada en hombros, la profunda extensión recorrería
 triunfante y luminosa, recostada sobre un palanquín.
 «¡Oh reina rubial! —dijele—, mi alma quiere dejar su cri-
 y volar hacia ti, y tus labios de fuego besar.
 y flotar en el nimbó que derrama en tu frente luz pálida,
 y en siderales éxtasis no dejarte un momento de amar.»
 El aire de la noche refrescaba la atmósfera cálida.
 Venus, desde el abismo, me miraba con triste mirar.

DE INVIERNO

En invernales horas, mirad a Carolina.
 Medio apelonada, descansa en el sillón,
 envuelta con su abrigo de marta cibelina,
 no lejos del fuego que brilla en el salón.
 El fino angora blanco, junto a ella se reclina,
 rozando con su hocico la falda de Alençon,
 no lejos de las jarras de porcelana china,
 que medio oculta un biombo de seda del japon.
 Con sus sutiles filtros la invade un dulce sueño
 entro, sin hacer ruido; dejó mi abrigo gris.

voy a besar su rostro, rosado y halagüeño
 como una rosa roja que fuera (flor de lis)
 Abre los ojos, mírame con su mirar risueño,
 y en tanto cae la nieve del cielo de París.

MEDALLONES

LECONTE DE LISLE

De las eternas musas el reino soberano
 recorres, bajo un soplo de vasta inspiración,
 como un rajah soberbio que en su elefante indiano
 por sus dominios pasa de rudo viento al son.
 Tú tienes en tu canto como ecos de oceano;
 se ve en tu poesía la selva y el león;
 salvale luz irradiada la lira que en tu mano
 derrama su sonora, robusta vibración.
 Tu del fakir conoces secretos y avatares;
 a tu alma dio el Oriente misterios seculares,
 visiones legendarias y espíritu oriental.
 Tu verso está nutrido con savia de la tierra;
 fulgor de Ramayanas tu viva estrofa encierra,
 y cantas en la lengua del bosque colosal.

CATULLE MENDÈS

Puede ajustarse al pecho coraza férrea y dura;
 puede regir la lanza, la rienda del corcel;
 sus músculos de atleta soportan la armadura...;
 pero él busca en las bocas rosadas leche y miel.
 Artista hijo de Capua, que adora la hermosura,
 la carne femenina prefiere su pincele;
 y en el recinto oculto de tibia alcoba obscura,
 agrega mirto y rosas a su triunfal laurel.
 Canta de los oarystis el delicioso instante,
 los besos y el delirio de la mujer amante;
 y en su palabras tiene perfume, alma, color.
 Su ave es la venusina, la tímida paloma.

Vencido hubiera en Grecia, vencido hubiera en Roma,
en todos los combates del arte o del amor.

WALT WHITMAN

En su país de hierro vive el gran viejo,
bello como un patriarca, sereno y santo.
Tiene en la arruga olímpica de su entrecejo
algo que impera y vence con noble encanto.

Su alma del infinito parece espejo;
son sus cansados hombros dignos del manto;
y con arpa labrada de un roble añejo,
como un profeta nuevo canta su canto.

Sacerdote, que alienta soplo divino,
anuncia, en el futuro, tiempo mejor.

Dice al águila, «¡Vuela!»; «¡Boga!»; al marino,
y «¡Trabaja!», al robusto trabajador.

¡Así va ese poeta por su camino,
con su soberbio rostro de emperador!

J. J. PALMA

Ya de un corintio templo cincela una metopa,
ya de un morisco alcázar el capitel sutil;
ya, como Benvenuto, del oro de una copa
forma un joyel artístico, prodigio del buril.
Pinta las dulces Gracias, o la desnuda Europa,
en el pulido borde de un vaso de marfil,
o a Diana, diosa virgen de descendida ropa,
con aire cinegético, o en grupo pastoril.

La musa que al poeta sus cánticos inspira
no lleva la vibrante trompeta de metal.
ni es la bacante loca que canta y que delira,
en el amor fogosa, y en el placer triunfal:
ella al cantor ofrece la septicorde lira,
o, rítmica y sonora, la flauta de cristal.

PARODI

Dio luz a sus estrofas el cielo azul de Italia,
le atrajo con su inmenso fulgor el gran París;

ciñeron su cabeza los lauros de la Galia
y fueron sus hermanos los hijos de San Luis.
Las máscaras le dieron las Gracias de Tesalia;
cantó el valor, un astro; y la virtud, un his.
Y luego dio a los vientos su rítmica faunalia,
y el cielo, antes rosado, tomóse cielo gris.
Los gritos de su carne son gritos de bacante,
las voces de su alma dan vida a la ilusión;
a la esperanza muerta, levántala radiante,
de su péctide helénica al desusado son;
y en medio de la Franca, magnífico y vibrante,
su espíritu está lleno de aurora y de visión.

SALVADOR DÍAZ MIRÓN

Tu cuarteto es cuadrígras de águilas bravas
que aman las tempestades, los oceanos;
las pesadas tizonas, las férreas clavas,
son las armas forjadas para tus manos.

Tu idea tiene cráteres y vierte lavas;
del Arte recorriendo montes y llanos,
van tus rudas estrofas jamás esclavas,
como un tropel de búfalos americanos.
Lo que suena en tu lira lejos resuena,
como cuando habla el bóreas, o cuando truena.
¡Hijo del Nuevo Mundo!, la Humanidad
oiga, sobre la frente de las naciones,
la hímica pompa lírica de tus canciones
que saludan triunfantes de Libertad.

ECHOS

«A MADEMOISELLE...»

*J'aime la belle fleur d'or
pour tes cheveux, mon trésor,
et un lys pour ton corset.
Vaux-tu d'autre fleur alors?
Mes lèvres pour ton baiser.*

PROSAS PROFANAS Y OTROS POEMAS

(Buenos Aires, 1896, y París, 1901)

A CARLOS VEGA BELGRANO

*afectuosamente
este libro dedica*

R. D.

PALABRAS LIMINARES

Después de *Azul...*, después de *Los Raros*, voces *insinuantes*, buena y mala intención, entusiasmo sonoro y envidia subterránea —todo bella cosecha—, solicitaron lo que, en conciencia, no he creído fructuoso ni oportuno: un *manifesto*.

Ni fructuoso ni oportuno:

a) Por la absoluta falta de elevación mental de *la mayoría pensante de nuestro continente*, en la cual impera el universal personaje clasificado por Remy de Gourmont con el nombre de *Celui-qui-ne-comprend-pas*. *Celui-qui-ne-comprend-pas* es entre nosotros profesor, académico correspondiente de la Real Academia Española, periodista, abogado, poeta, *rastaquouère*.

b) Porque la obra colectiva de los nuevos de América es aún vana, estando muchos de los mejores talentos en el limbo de un completo desconocimiento del mismo Arte a que se consagran.

c) Porque proclamando, como proclamo, una *estética acrática* la imposición de un *modelo* o de un *código implícita* una contradicción.

Yo no tengo literatura «mía» —como lo ha manifestado

an aschur

una maistral autoridad—, para marcar el rumbo de los demás: mi literatura es mía en mí; quien siga servilmente mis huellas perderá su tesoro personal y, paje o esclavo, no podrá ocultar sello o librea. Wagner, a Augusta Holmes, su discípula, dijo un día: «Lo primero, no imitar a nadie, y sobre todo, a mí.» Gran decir.

Yo he dicho, en la misa rosa de mi juventud, mis antífonas, mis secuencias, mis profanas prosas. Tiempo y menos fatigas de alma y corazón me han hecho falta, para, como un buen monje artífice, haecr mis mayúsculas dignas de cada página del breviario. (A través de los fuegos divinos de las vidrieras historiadadas, me río del viento que sopla afuera, del mal que pasa.) Tocad, campanas de oro, campanas de plata; tocad todos los días, llamándome a la fiesta en que brillan los ojos de fuego, y las rosas de las bocas san-grean deliciosas únicas. Mi órgano es un viejo clavicordio pom-padour, al son del cual danzaron sus gavotas alegres ábuclos; y el perfume de tu pecho es mi perfume, eterno incensario de carne, Varona inmortal, flor de mi costilla.

Hombre soy.

¿Hay en mi sangre alguna gota de sangre de África, o de indio chorrotega o nagrandano? Pudiera ser, a despecho de mis manos de marqués; mas he aquí que veréis en mis versos princesas, reyes, cosas imperiales, visiones de países lejanos o imposibles: ¡qué queréis!, yo detesto la vida y el tiempo en que me tocó nacer; y a un presidente de República, no podré saludarle en el idioma en que te cantaría a ti, ¡oh Halagabali!, de cuya corte—oro, seda, mármol— me acuerdo en sueños...

(Si hay poesía en nuestra América, ella está en las cosas viejas: en Palenke y Utatlan, en el indio legendario y el inca sensual y fino, y en el gran Moezuma de la silla de oro. Lo demás es tuyo, demócrata Walt Whitman.)

Buenos Aires: Cosmópolis.
¡Y mañana!

El abuelo español de barba blanca me señala una serie de retratos ilustres: «Este—me dice—es el gran don Miguel de Cervantes Saavedra, genio y manco; éste es Lope de Vega, éste Garcilaso, éste Quintana.» Yo le pregunto por el noble Gracián, por Teresa la Santa, por el bravo Góngora y el más fuerte de todos, don Francisco de Quevedo y Villargas. Después exclamó: «¡Shakespeare! ¡Dante! ¡Hugo...! (Y en mi interior: ¡Verlaine...!)

Luego, al despedirme: «—Abuelo, preciso es decirlo: mi esposa es de mi tierra; mi querida, de París.»

¿Y la cuestión métrica? ¿Y el ritmo? Como cada palabra tiene un alma, hay en cada verso, además de la armonía verbal, una melodía ideal. La música es sólo de la idea, muchas veces.

La gritaría de trescientas ocas no te impedirá, silvano, tocar tu encantadora flauta, con tal de que tu amigo el ruiseñor esté contento de tu melodía. Cuando él no esté para escucharte, cierra los ojos y toca para los habitantes de tu reino interior. ¡Oh pueblo de desnudas niñas, de rosadas reinas, de amorosas diosas!

Cae a tus pies una rosa, otra rosa, otra rosa. ¡Y be-y la primera ley, creador: crear. Bufe el eunuco. Cuando una musa te dé un hijo, queden las otras ocho encinta.

R. D.

PROSAS PROFANAS

ERA UN AIRE SUAVE...

Era un aire suave, de pausados giros: el hada Harmonía ritmaba sus vuelos, e iban frases vagas y tenues suspiros entre los sollozos de los violoncelos.

Sobre la terraza, junto a los ramajes, diríase un trémolo de lirás eolias cuando acariciaban los sedosos trajes, churros, mitos sobre el talló erguidas, las blancas magnolias.

La marquesa Eulalia risas y desvíos — detras, duracion, y, como un etebo que fuese una niña, daba a un tiempo mismo para dos rivales: uncrispante

el vizconde rubio de los desafíos y el abate joven de los madrigales. Cerca, coronado con hojas de viña, reía en su máscara Término barbudo, Y, como un etebo que fuese una niña, mostraba una Diana su mármol desnudo.

Y bajo un bosque del amor palestra, sobre rico zócalo al modo de Jonia,

IONIA

y que llega de lejos, vencedor de la Muerte,
a encenderte los labios con su beso de amor.»

BLASÓN

Para la Condesa de Peralta

El olimpico cisne de nieve
con el ágata rosa del pico

lustra el ala eucarística y breve
que abre al sol como un casto abanico.

En la forma de un brazo de lira
y del asa de un ánfora griega,

es su cándido cuello, que inspira,
como prora ideal que navega.

Es el cisne, de estirpe sagrada,
cuyo beso, por campos de seda,
ascendió hasta la cima rosada
de las dulces colinas de Leda.

Blanco rey de la fuente Castalia,
su victoria ilumina el Danubio;

Vinci fue su barón en Italia;
Lohengrin es su príncipe rubio.

Su blancura es hermana del lino,
del botón de los blancos rosales

y del albo toisón diamantino
de los tiernos corderos pascuales.

Rimador de ideal florilegio,
de armíño su lirico manto ombrage of bow
y es el mágico pájaro regío
que al morir rima el alma en un canto.

El alado aristócrata muestra

lises albos en campo de azul,
y ha sentido en sus plumas la diestra

de la amable y gentil Pompadour;
Boga y boga en el lago sonoro

donde el sueño a los tristes espera,
donde aguarda una gondola de oro
a la novia de Luis de Baviera.

Dad, Condesa, a los cisnes cariño;
dioses son de un país halagüeño

y hechos son de perfume, de armíño,
de luz alba, de seda y de sueño.

DEL CAMPO

¡Pradera, feliz día! Del regío Buenos Aires
quedaron allá lejos el fuego y el hervor;

hoy en tu verde triunfo tendrán mis sueños vida,
respiraré tu aliento, me bañaré en tu sol.

¡Muy buenos días, huerto! Saludo la frescura
que brota de las ramas de tu durazno en flor;
formada de rosales, tu calle de Florida
mira pasar la Gloria, la Banca y el Sport.

Un pájaro poeta rumia en su buche versos;
chismoso y petulante, charlando va un gorrón;
las plantas trepadoras conversan de política;
las rosas y los lirios, del arte y del amor.

Rigiendo su cuadriga de mágicas ibéfitas,
de sueños millonarios, pasa el travieso Puck;

y, espléndida *sportswoman*, en su celeste carro,
la emperatriz Tifania seguida de Oberón.

De noche, cuando muestra su medio anillo de oro
bajo el azul tranquilo, la amada de Pierrrot,
es una fiesta pálida la que en el huerto reina,
toca la lira el aire su do-re-mi-fa-sol.

Curiosas las violetas a su balcón se asoman.
Y una suspira: «¡Lástima que falte el ruiseñor!»

Los silfos acompañan la danza de las brisas
en un walpurgis vago de aroma y de visión.
De pronto se oye el eco del grito de la pampa;

brilla como una puesta del argentino sol;
y un espectral jinete, como una sombra cruzada,
sobre su espalda un poncho, sobre su faz dolor.

—«¿Quién eres, solitario viajero de la noche?
—Yo soy la Poesía que un tiempo aquí reinó:
¡yo soy el postrer gaucho que parte para siempre,
de nuestra vieja patria llevando el corazón!»